

SOFRONIA.

TRAGEDIA EN UN ACTO.

A LUIS PIZARRO,

CONDE DE LAS NAVAS,

EN PRUEBA DE AMISTAD Y CORDIAL APRECIO, DEDICA
ESTE TRABAJO SU BUEN AMIGO

Madrid, 8 de Febrero de 1843.

JOSE ZORRILLA.

NOTAS DEL AUTOR.

Hablando del emperador Majencio dice el magnífico caballero D. Pedro Mejía en su Historia imperial y cesárea: "Porque él era cruel matador y perseguidor de la jente noble y principal de Roma, vicioso, "lujurioso, adúltero, deshonesto y avariento, y sobre todo perseguidor y disipador de la Iglesia. Finalmente, en todos sus hechos tirano, etc."

Lorenzo Echard, en su historia de Roma desde su fundacion hasta la traslacion del imperio por Constantino, dice, hablando del mismo emperador Majencio:

"Robaba las mujeres de los senadores y de los primeros caballeros de Roma, y despues de haberlas gozado las volvia á enviar á sus maridos. Habiendo querido usar de la misma violencia con Sofronia, mujer del prefecto de Roma, la cual era cristiana, pidió aquella mujer unos momentos para adornarse, y encerrándose en su cuarto se mató: accion animosa por cierto, mas reprehensible, aunque muy alabada de Eusebio y de Rufino. Majencio permitia á sus soldados todo género de delitos, y cuando los arengaba, en vez de echortarlos á observar una ecsacta disciplina, les decia que se alegrasen y no se privaran de nada que apeteciesen. Saqueaba los templos, mataba á los ricos para tomar sus bienes, oprimia al pueblo con impuestos, y en fin, redujo la ciudad de Roma á tal miseria, que faltaban en ella las cosas mas necesarias, porque el emperador lo disipaba todo con sus desórdenes y prodigalidad."

Sobre estos datos históricos he querido escribir una tragedia: ignoro si lo he conseguido, pero confieso que tal ha sido mi intento. En cuanto al carácter del emperador, me he atenido estrictamente á la historia, como creo que está á la vista. No en los de Sofronia y Publio, que han sufrido alguna alteracion por motivos que espondré.

Publio era (segun las historias) un hombre débil, que tembló delante del emperador y casi consintió en su liviandad: Sofronia era cristiana y se suicidó; accion criminal segun nuestra fé, cualesquiera que fuesen las razones que para ella encontrara: era pues necesario al interés trágico borrar esta mancha del carácter de la protagonista, para que su inocencia y su virtud inspirasen clásica compasion; é hice por tanto de Sofronia una mártir, y del amor de su marido un verdugo. Con lo cual, si no he dado gusto á los críticos, no podrán negarme estos señores que Publio y Sofronia me deben la bienaventuranza celestial que yo les franqueo en mi obra, y esto siempre es algo.

He reducido la accion á un solo acto, por no entorpecer la sencillez del hecho histórico en que está fundada, y por no hacer dormir á los espectadores con eternos diálogos que no están dispuestos á escuchar en nuestros actuales teatros. Y finalmente, he escrito mi tragedia en versos aconsonantados, y no en romance endecasílabo, por tres razones. La primera porque todo un acto en un mismo aconsonante es mas monótono é insufrible que el ruido de los mazos de un batán. La segunda, porque siendo tan fácil en nuestra lengua armoniosa el uso de los consonantes, creo á cualquier mediano versificador con facultad de usarlos. Y la tercera por mi propia voluntad y capricho, que es la que mas me satisfizo, en lo cual me parece que soy franco.

SOFRONIA.

33

PERSONAS.

SOFRONIA.
EL EMPERADOR MAJENCIO.
PUBLIO, prefecto de Roma.

SILANO, esclavo del emperador.
SIRO, esclavo de Publio (que no habla).

Roma año de 310 de J. C.

ACTO UNICO.

Pórtico interior en el piso bajo del palacio del emperador Majencio, que dá paso á las habitaciones de Publio, prefecto de Roma, y á los jardines. Puerta á la derecha que dá al interior del palacio. Puerta á la izquierda que dá á los aposentos de Publio y Sofronia. En el fondo una balaustrada de piedra por cuyo centro se sale á los jardines del emperador, que se extienden detrás de ella, iluminados por la luna, decorados con estátuas, fuentes, arcos, jarrones, etc., etc. A lo lejos y cerrando el cuadro la loma del monte Aventino, frente al cual estuvo construido el palacio de los Césares, en donde se supone la escena.

ESCENA I.

AL LEVANTARSE EL TELON APARECERÁ SOFRONIA ASOMADA Á LA BALAUSTRADA, Y MIRANDO Á LOS JARDINES CON ATENCION. SILANO APARECE AL QUINTO VERSO POR EL FONDO.

Sofr. Vuelve: no hay medio ya: todo es inútil.
Acaben de una vez vanas excusas,
Y repela sus bárbaros antojos
De la noble virtud la fuerza ruda.
¿Quiere guerra? La habrá, desesperada.
Yo caeré acaso en tan horrenda lucha;
Mas no me da pavor, yo la provocho:
Muerta caeré, pero rendida nunca.

ESCENA II.

SOFRONIA, SILANO.

Sofr. Pronto vuelves.
Sil. Dá pronto y fácil paso
Puerta en esa ala del palacio oculta.
Sofr. ¿Qué dice tu señor?
Sil. dándole una carta ó papiro. Lee lo que dice.
Sofr. despues de leer.
¿Por fuerza ó voluntad he de ser suya?
Sil. El mismo quiere de tu misma boca
Tu asentimiento oír ó tu repulsa,
Y á tí vendrá dentro de poco: piénsalo:
Su voluntad con tu interés consulta;
Pero si aprecias un consejo, cede.
Sofr. ¿Quién tu opinion, esclavo, te pregunta?
Silencio, y agradece si á sus plantas
Con lengua vuelves en la boca inmunda.
Sil. ¿Esa respuesta le daré?
Sofr. La misma.
Sil. Es el emperador.
Sofr. ¿Lo pongo en duda?
Sil. Vas su furia á escitar.
Sofr. Despeja, esclavo:
Yo desprecio su amor como su furia.
Sil. Dueño es de sus vasallos absoluto.
Sofr. No llega su poder mas que á la tumba.
Sil. Te la abre ante los piés tu resistencia.
Sofr. Sabré en ella caer libre de culpa.
Sil. ¿Eso dices?

Sofr. No mas.
Sil. Quieran los dioses

Sofr. Valerte.
Sil. Ve.
Tu esclavo te saluda.

ESCENA III.

SOFRONIA.

Primero de una vez el pecho mio
Desgarren sus verdugos, y una á una
Las gotas de mi sangre derramadas
El alma arranquen de la carne impura.
No me conoce aún, si espera necio
Que á sus halagos mi virtud sucumba,
Ni el imperio, que se huye de sus manos,
Compre mi corazon, ni le seduzca.
Si las damas romanas hoy olvidan
La alta nobleza que su sangre ilustra,
Y de su emperador se hacen esclavas,
Ofreciéndole viles su hermosura,
Que alguna queda de su antigua raza
Verán al menos para mengua suya;
Y alguna queda que por alto ejemplo
Sin vida caiga, mas sin honra nunca.
Mas Publio.

ESCENA IV.

SOFRONIA, PUBLIO.

Pub. ¿Aun aquí tú, Sofronia mia!
¿Mas qué pesar te asalta? Ese encendido
Color del rostro.... de tu mano fria
El temblor....
Sofr. ¿Tu ilusion!
Pub. No, yo he sentido
Minar mi corazon lenta y traidora
Una sospecha ruin, y harto há que veo
Que tu pecho secretos atesora,
Que en vano espío y comprender desco.
Sofr. Publio, y has visto bien: honda tristeza
Me prensa el corazon.
Pub. ¿Quién, dulce amiga,
Te la pudo causar?
Sofr. Esta grandeza,
Este fausto de Roma me fatiga:
Ansío soledad, reposo anhelo:
Pluguiérame un lugar de aquí lejano
Donde mas puro se gozara el cielo,
Mas libre el aire, y el placer mas llano.
Será un capricho mujeril si quieres;
Mas á mí que te adoro, esposo mio,
Tú me bastas, y el lujo y los placeres
De contento en lugar me dan hastío.
Si tú me amas así, la pompa deja

De esta corte imperial, y los honores:
De esta continua bacanal me aleja,
Donde parecen mal castos amores.
Salgamos de esta Roma corrompida,
Y uno para otro amor, mútuo consuelo
Dulce llevemos y envidiable vida,
En mas tranquilo y retirado suelo.

Pub. No sé, Sofronia mia, qué adivino
De siniestro y fatal en tus palabras:
Me estraña ese capricho repentino:
Todo tu corazon fuerza es que me abras.
¿Qué temes, di? ¿qué dudas? ¿qué recelas?
¿Qué secreta razon, ó qué manía
A Roma te hace odiar? ¿Por qué me velas
Tu recóndito mal, Sofronia mia?

Sofr. Siempre, Publio, te amé.

Pub. Lo sé.

Sofr. Por eso

Constante siempre y respetada esposa,
Guardar supe tu honor puro é ileso
En medio de esta Roma escandalosa.
Nunca temí que el viento corrompido
Que en su recinto infame se respira
Llegara á un corazon bien defendido;
Mas esta débil esperanza espira.

Pub. Sofronia, si hasta tí llegar osado
Pudo algun miserable libertino,
Muy mal con su razon lo ha consultado.
Nómbrale.

Sofr. Es mas fatal nuestro destino,
Publio. El suelo de Roma es una sima,
Que si con pronta fuga no evitamos,
Nos sorberá por fin: mi aviso estima
Y cree á mi corazon, Publio, partamos.

Pub. ¿Todo un glorioso porvenir es fuerza
Que abandonemos? Mi fortuna crece:
Nada hay que mi favor derroque ó fuerza,
Porque el emperador me favorece.
Mio es su imperio: la pesada carga
Del gobierno en mis hombros deposita,
Y á mucho acaso mi ambicion se alarga;
Mucho Roma tal vez me necesita.

Te confieso en verdad que algunas veces
La licencia imperial me escandaliza;
Mas hombre soy, y mi ambicion atiza
El quererte ofrecer cuanto mereces.

Sofr. No pienses, Publio, en mí: yo nada quiero:
Tú eres mi único bien: mas odio á Roma,
Y de ella pronto que me alejes quiero.

Pub. Sofronia, ahora dejarla es imposible.
¿Mi cargo renunciar cuando á sus puertas
Se acerca con ejército terrible
Constantino? Sospechas daré ciertas
De traicion á Majencio, y será acaso
Mi sentencia de muerte mi renuncia.

Sofr. Nuestra vida se encierra en frágil vaso,
Publio, y cercana tempestad se anuncia.
Esta ciudad de crimen, que se aduerme
Arrullando el placer de sus señores,
Tal vez anhela en su reposo inerme
Otra estirpe mejor de emperadores.

Pub. ¿Sofronia!

Sofr. Sí, la sangre y la vergüenza

El manto son en que se envuelve Roma:
¿Qué mucho, pues, que Constantino venza
A quien el yugo de la infamia doma?
¿Qué hace tu emperador? Pisa y viola
Cuántas leyes al pueblo dan amparo
Su imperio airado, y sin razon asola,
Y celebra sus vicios con descaro.
Contribuciones sin poder impuestas
En festines opíparos destruye,
Embriaga al vulgo con inmundas fiestas
Y las damas romanas prostituye.
Despierta, Publio; nada está seguro:
Un capricho imperial lo puede todo,
Y penetra el recinto mas obscuro
Su malicia infernal de cualquier modo.

Pub. Basta, Sofronia, basta; te comprendo.

Sofr. Mira. (Dándole la carta del emperador.)

Pub. ¡Y así me pagas mis servicios!

¡Y mientras yo tu imperio te defendiendo
Víctima soy de tus horrendos vicios!
Claro lo veo al fin; ¡tanta privanza,
Tanto imperial favor, tanta ventura
Mi fé y mi lealtad no me la alcanza!
¡Es el precio no mas de su hermosura!
Basta, tirano, tu vileza entiendo.

Sofr. Salgamos, pues, de Roma.

Pub. Sí, salgamos;
Mas en las sombras de la noche, huyendo,
Antes que en su poder ambos caigamos.
Tengo, ¡oh Sofronia mia! felizmente
Regio poder, y una órden de mi mano
Nos franqueará las puertas libremente,
Y el furor burlaremos del tirano.
¡Oh, bien mi corazon me lo decia!
No en vano fermentaban mis recelos.
Tienes razon, huyamos, alma mia,
Y amparen pios nuestro amor los cielos.

Sofr. Publio, y que pronto sea, porque acaso
Ya la astuta serpiente se introduce
Bajo el lecho nupcial, y un solo paso
A la infamia ó la muerte nos conduce.

Pub. ¿Tienes valor?

Sofr. Sí, Publio, para todo;
Todo lo renuncié por amor tuyo,
Y á cuanto me ordenares me acomodo:
“Quédate;”—y permanezco: “húyete;”—y
(huyo.)

Pub. Pues apréstase á huir, oro recoje
Que nos compre otra vida en otra tierra,
Y que halle el gavilan cuando se arroje
Que ya la red al colorin no encierra.

ESCENA V.

PUBLIO, SOLO.

Inútil fué mi esfuerzo: inútil, vano
Mi afán en ocultarla de sus ojos;
Todo lo mina su poder tirano,
Y no tienen ya freno sus antojos.
Unico amigo en quien fiar podia,
Solo leal que por su bien velaba,
Cuanto me honraba mas, mas me vendia,
Y en contra de mi honor mas conspiraba.

Siga su suerte, pues, sígala solo:
No en él la sed de sangre se despierte,
Y al fin concluyan el amor y el dolo
En vil sentencia de venganza y muerte.
Siro

ESCENA VI.

PUBLIO, SIRO, ESCLAVO.

Su curso al concluir la luna
Debajo de los pórticos de Vesta,
Sin que lleguen á dar sospecha alguna,
Tres caballos veloces nos apresta.
Si nos sacas de Roma, serás libre:
Mis jardines te doy de Lucretia:
Y al otro lado en viéndonos del Tibre
Cuantos caballos deje en pos, mutila
Parte.

ESCENA VII.

PUBLIO.

Adios para siempre, áureo palacio,
Morada de los césares augusta,
Alcázar imperial de cuyo espacio
Se aleja la virtud triste y adusta.
Yo riqueza y poder, gloria, esperanza
Renuncio sin pesar; y noblemente
Sin intentar sacrilega venganza
Delante del honor doblo la frente.
Eres mi emperador, yo no repelo
Tu ley augusta; mas si torpe mano
Pones en nuestro honor, huyo al tirano
Y juzge de ambos la razon el cielo.

[El emperador Majencio se acerca por el fondo de los jardines.]

Mas él se acerca; rondador taimado
Del ajeno tesoro, astuto emboza
Con velo de amistad el preparado
Dardo traidor que en aprestar se goza.

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR, PUBLIO.

Emp. Publio.

Pub. Salud, emperador agosto.
Tan escelso favor mi orgullo colma.
¡Vos mismo descender á mi morada!

Emp. Sin duda, Publio, que descienda importa.
Graves cuidados sin cesar me abruma,
Graves temores sin cesar me acosan;
Y echar sobre tus hombros necesito
Este peso molesto que me enoja.

Pub. Mandad, señor.

Emp. ¿Qué, Publio, me valiera
Del grande imperio la soberbia pompa,
Si yo mismo tuviera que ocuparme
En cuidar de mi imperio y mi corona?
Las dignidades vuestras, si eso hiciera,
Inútiles al fin me fueran todas,
Y en lugar del señor, fuera el esclavo
Quien el sacro laurel ceñirse logra.
Yo lo entiendo mejor; lidien mis césares,
Defiendan mis pretores las remotas
Fronteras del imperio; mas en tanto

Dulce tranquilidad disfrute Roma.
De las fiestas de Flora y Baco quiero
Renovar las antiguas ceremonias;
Quiero que el vulgo se divierta y goce,
Y el árbol del placer nos preste sombra.
Francos los almacenes imperiales
Para el pueblo romano desde ahora,
De Italia y Grecia los antiguos vinos
Para la alegre muchedumbre corran.
Salgan audaces las bacantes, salgan
De sus templos las vírgenes hermosas,
Y dancen en las fiestas Lupercales
Las esclavas á par con las matronas.
Mi imperio es de deleites y de dichas,
El tiempo es breve y la ecsistencia corta:
Quiero que el pueblo por placeres solo
Cuenta no mas de mi reinar las horas.

Pub. Señor, estando en rebelion do quiera
Las provincias lejanas.

Emp. ¡Me acongoja

Que me hablen de provincias y de pueblos
Que se rebelan! Publio, ¿qué me importa
Que vayan mis provincias á otras manos
De las mias pasando unas tras otras?
Capaz de mil imperios es la tierra;
Lógrelas, pues, quien mas los ambiciona.
Cambiese al fin cada provincia en uno,
Como el imperio mio sea Roma.
Me canso de escuchar reconvenciones,
Prefecto; mi paciencia se desborda,
Y hacer un escarmiento determino
Que muestre mi justicia vengadora.

Pub. Hablad.

Emp. Sabes que en Roma hay una raza
Que de severa rectitud blasona,
Y que á todo se atreve y falta á todo
Culpando á nuestra edad de impía y loca.

Pub. ¿Los cristianos, señor?

Emp. Sí, los cristianos,

Que inculcan su creencia mentirosa
En las pueriles almas de los crédulos,
Y al cielo ofenden y á la ley provocan.
Ante las mismas puertas del palacio
Con estraña osadía escandalosa
Han fijado pasquines esta noche,
Muerte á mi estirpe amenazando pronta.
Bárbaro llaman al romano pueblo
Y de sus dioses de metal se mofan,
Y con el signo de la cruz infame
Sus pasquines sacrílegos coronan.
Pues bien, quiero mostrarles lo que puede
Mi raza noble aun á estinguirse prócsima;
Quiero que sacrifiquen ó que mueran:
Perjuros han de ser, ó muertos.

[Dale pliegos.]

Publio; á cumplir disparte mis decretos:
De ellos no ha de quedar rastro ni sombra;
Ocho veces han sido esterminados;
En mi reinado, pues, será la nona;
Sus cabezas pondré por los caminos,
Con sus pieles haré curtir alfombras,
Y espondré sus mujeres en los circos
Por diversion y escándalo de Roma.

Pub. Mirad....
 Emp. No miro nada; al punto, Publio,
 Mi voluntad publica; todos oigan
 Su dicha ó su sentencia, y que comiencen
 Su esterminio y mis fiestas con la aurora.
 Pub. Señor....
 Emp. Silencio: sin cumplir mis órdenes,
 ¡Ay de tu vida si á palacio tornas!
 Pub., ap. Tirano astuto, tu intencion comprendo;
 Lejos me quieres, mis estancias solas,
 Porque el triunfo mas fácil te figuras;
 Mas ¡ay de entrambos si mi saña enconas!

ESCENA IX.

EL EMPERADOR, SILANO.

Emp. Silano. [*Sale Silano.*]
 A ese hombre por do quier se espíe:
 Lleva en su corazon sospecha sorda,
 Y de todo es capaz su ánimo osado
 A impulso de los celos que le ahogan.
 Sil. Bien espiado está: ni una palabra,
 Ni una accion, ni la idea mas recóndita
 Se escapará á los linceos que le cercan.
 Emp. Intentará tal vez....
 Sil. Su esclavo ahora
 Dispone sus caballos mas veloces,
 Y á favor de la noche protectora,
 Partiendo de los pórticos de Vesta
 Saldrán de la cuidad él y Sofronia.
 Emp. ¿Es, pues, Silano, el disimulo inútil?
 ¿Inútil mi templanza generosa?
 ¿Fuerza será que de una vez anuncie
 Mi imperial voluntad?
 Sil. Su misma boca
 Le reveló el secreto, y ella misma
 Le entregó vuestra carta; nada ignora.
 Emp. Tórnese, pues, en ley este capricho.
 Todas las vallas de mi amor se rompan,
 Y aprendan de una vez que á los esclavos
 Solo postrarse ante el señor les toca.
 De ese Publio me cansa la justicia,
 Su rectitud estúpida me enoja,
 Y no quiero escucharle los consejos
 Con que el placer me amengua ó me le estorba.
 Juez le nombro de hoy mas de los cristianos;
 Procónsul va, de mis provincias todas
 A esterminar en todas á esa raza
 Que de un suplicio vil el signo adora.
 Así le mantendré de Roma lejos,
 Y de mí mismo así gozaré en Roma.
 Mis antojos son ley; todos la acaten:
 Derecho es este que mi sangre goza.
 Cuida de que se cumplan mis mandatos,
 Que arda mi imperio en fiestas ostentosas;
 Y esa fiera beldad aquí conduíceme,
 Silano, y estas salas abandona.
 Sil. Halagadla, señor, que es muy altiva,
 Y á los amagos su cerviz no dobla.
 Emp. La amo como jamás amé á ninguna;
 Pero si nada mi cariño logra,
 Soy el emperador, y á fuerza ó ruego
 Todo ante el sacro emperador se postra.

ESCENA X. EL EMPERADOR.

Lejos de mí la máscara: parezca
 Tal cual es la pasion que me devora,
 Y caiga de una vez en poder mio
 De esa beldad la apetecida joya.

ESCENA XI.

EL EMPERADOR, SOFRONIA.

(*Silano que la conduce, se aleja por el fondo de-
 jándola en escena.*)
 Emp. (Héla aquí: su beldad admiro mudo.)
 Salve, ¡oh Sofronia!
 Sofr. Augusto, yo os saludo.
 Emp. Deja, deja la grave ceremonia
 Y humilde tono para el vulgo rudo.
 Tu esclavo soy no mas: manda, ¡oh Sofronia!
 Sofr. Escusadme, señor, frases molestas
 De galanteos para mí perdidos,
 Que ni en mis labios hallarán respuestas,
 Ni hallarán atencion en mis oidos.
 Emp. Ya sé que mis ofertas rehusando
 Mis amorosas cartas no leiste;
 Y ya sé que mi enojo despreciando
 A mi esclavo, tenaz, "nunca" dijiste.
 Mas tu obstinada resistencia entiendo:
 Conoces lo que vale tu hermosura
 Y á mis ojos la estás encareciendo.
 Bien haces, ¡oh celeste criatura!
 Mas baste ya de tu rigor injusto,
 Bañe tu faz, bellísima sirena,
 En vez del ceño que la entolda adusto,
 Sonrisa de placer dulce y serena.
 ¿De qué te sirve, ¡oh ninfa encantadora!
 Tu ardiente corazon y tu hermosura,
 Si te se va la vida hora tras hora
 En calma triste y soledad obscura?
 Otra ecsistencia de placer te brinda
 Mi poder y mi amor: deja que al cabo
 El tuyo, hermosa, á mi pasion se rinda;
 Déjame que á tus piés espire esclavo.
 Sofr. Señor, mi corazon mentir no sabe:
 No os amó nunca; y vuestro impuro halago
 Imposible ha de ser que de él recabe
 Un solo impulso del amor mas vago.
 Vos lo veis: encerrada eternamente
 De mi cámara oculta en el retiro,
 Se desliza mi vida dulcemente
 Sin que el placer de esta ciudad demente
 Me arranque al corazon solo un suspiro.
 Noble, rica, envidiada y bien querida,
 Podria yo llevar, si me pluguiera,
 Inquieta, alegre y disipada vida,
 Como vos la llevais, y Roma entera,
 Y así dejando vuestra ley cumplida
 A tachármela nadie se atreviera:
 Mas yo sé bien lo que á mi honor le debo,
 Y vida tal porque me importa llevo.
 Emp. La llevas, pobre tórtola enjaulada,
 La llevas porque nunca has sospechado
 Que trás los muros de que estás cercada

Otra vida hay mejor que no has gozado.
 ¿Sabes tal vez cuán plácidas las horas
 Se van fuera de este ámbito sombrío?
 ¿Sabes tú cuántas fiestas seductoras,
 Cuánto en delicias hierva encantadoras
 Esa ancha Roma del imperio mio?
 Un imperio de dicha y bienandanza
 Donde el único fin es la ventura,
 Un imperio de amor donde no lanza
 Su rayo el duelo, y á él pesar no alcanza,
 Y donde reina libre la hermosura.
 Pues bien, del universo soberano,
 No hay nada que á mi antojo se resista;
 Ese imperio feliz está en mi mano,
 Yo le pongo á tus piés, es tu conquista.
 Sofr. Apartaos, señor, ved que me ofende
 De vuestra loca audacia la grandeza:
 Si la hermosura ó el amor se vende,
 No se ha vendido nunca la nobleza.
 Emp. Oyeme y ve la asoladora llama
 Que tú en mi corazon has encendido;
 Fuego que mas tu resistencia inflama
 Y á odiar me arrastra cuanto tú no has sido.
 Una sola mujer no hubo en mi imperio
 A quien yo no llamara esclava mia,
 Nunca embozó mi amor vano misterio,
 Y mandaba mi amor, no se rendia.
 Mas no así al tuyo el corazon se atreve,
 Que cuanto te ama mas, mas se recela,
 Y mas conoce que arrastrarse debe
 Ante los sacros piés del bien que anhela.
 Rendido está: mas tiéndele una mano,
 Y tu planta en pos dél tiende á mi trono.
 Reina, y si sirve de mí fé en abono,
 O halaga tu capricho soberano,
 Mándalo, y á tu voz polvo liviano
 Será esa Roma que escitó tu encôno:
 El orbe entero se hundirá conmigo
 Si una sonrisa de tu amor consigo.
 Sofr. Basta, señor, que me afrentais.
 Emp. ¿Sofronia!
 Sofr. Ya sé que vuestro imperio abominable
 Avergüenza á la misma Babilonia
 Por vuestro ejemplo torpe y execrable.
 Ya sé que en Roma sin pudor ni freno,
 No hay mas Dios que el placer, mas ley que
 (el gusto;
 Quanto os halaga á vos se dá por bueno,
 Quanto lleva al placer se dá por justo.
 Ya sé que al pueblo manteneis esclavo
 Con la embriaguez del vino y la licencia,
 Sin que haya un corazon que sepa bravo
 Acotar vuestra bárbara impudencia:
 Sé que fiestas infames se instituyen;
 Leyes que la hermosura os esclavizan
 Y á las nobles matronas prostituyen,
 Y los vicios y el crimen divinizan.
 Mas no llega hasta mí su aliento impuro;
 En mí se estrella vuestra ley tirana,
 Que aquí en mi pecho trás de doble muro
 Entera vive la virtud romana.
 ¿A mis plantas poneis vuestra corona,
 Emperador augusto? yo la piso:

Sepa Roma que aun guarda una matrona
 Que la tuvo a sus piés y no la quiso.
 Emp. En fiera saña tu soberbia loca
 Encendiera mi pecho, si pudieran
 Palabras que han salido de tu boca
 Producir mas que amor. En mí no alteran
 El que yo te consagro, que esta llama
 Que un ánima vulgar sofocaria,
 Con tu frio desden crece en la mia;
 Viento es tu voz que su volcan inflama.
 Yo te adoro, Sofronia: mas escucha,
 Que aunque este amor no atajarán tus brios,
 De él me cercenan indulgencia mucha,
 Y van al fin á despertar los míos.
 Mi capricho es mi ley; de hierro ó de oro
 Bajo mi cetro estás: de ambos elije.
 Sofr. Estoy en vuestras manos, no lo ignoro,
 Mas prefiero la muerte, ya os lo dije.
 Emp. ¡Muerte! véamos pues; fé ni ternura
 No bastan á rendirte á mis anhelos;
 Derroque pues la fuerza tu bravura:
 Todo ceda á mi amor.
 Sofr. ¡Valedme, cielos!
 (El emperador se lanza hácia Sofronia. Esta
 le huye; y en tal punto se presenta Silano por la de-
 reccha.)

ESCENA XII.

EL EMPERADOR, SOFRONIA, SILANO, APRESURADO Y DE REPENTE.

Sil. Señor....
 Emp. ¿Quién osa sin licencia mia
 Hasta aquí penetrar?
 Sil. Perdon, augusto,
 Pero así mi deber lo requería.
 Emp. ¿Qué pasa, pues?
 Sil. De vuestro edicto justo
 Al oír la sentencia los cristianos,
 En tumultuosa sediccion rompieron
 Vuestras estatuas con airadas manos.
 Emp. Y mis guardias, ¡por Hércules! ¿qué hi-
 (cieron?
 Sil. Dieron, señor, sobre ellos; pero Roma
 Arde en nocturna lid, y este tumulto
 Por todas partes incremento toma.
 Emp. Su sangre toda lavará este insulto.
 Al punto salga, sin piedad, Silano,
 Numerosa cohorte pretoriana:
 No quede de esa turba ni un villano.
 Te sigo; y oye tú, fiera romana:
 Concluye para todos mi indulgencia:
 Mi imperial voluntad manda, no pide.
 Publio parte de Roma, es su sentencia;
 Un día os doy, que de los dos decide.
 Mas cómo ha de acabar pesa y entiendo:
 Mañana mismo al espirar el día,
 Si aun tu arrogancia resistir pretende,
 El cadáver será, tú esclava mia.
 Sofr. ¡Esclava tuya quien en Roma nace,
 Tirano usurpador!
 Emp. Así me place:
 De Baco y Flora en el alegre templo
 Tú la primera libacion mañana